

**EMILIO ALBERTO RESTREPO**

**EL PABELLÓN**

**DE LA**

**MANDRÁGORA**

**Ganador III convocatoria de proyectos culturales del Municipio  
de Medellín 2005**

**Novela**

*“¿Sabes que pasa en los hospitales a media noche, qué clase de gente recorre sus pasillos...?”*

**Efraim Medina Reyes**

**“Érase Una Vez el amor pero tuve que matarlo”**

**Mandrágora:** *Planta herbácea, solanácea; tiene figura humana o se la dan con artificio; la superstición popular le atribuye virtudes mágicas y medicinales y en este sentido era empleada para sus maleficios por los hechiceros de la antigüedad. En Alemania, la palabra significa a la vez bruja y raíz de mandrágora. Maquiavelo recomendaba el uso de esta hierba para hacer fecunda a la mujer estéril, y esta misma idea aparece en una comedia griega de Alexis titulada Mandragodixoméne, en la que se alude al poder fecundante del jugo de aquella planta. La administraban contra las serpientes, y antes de cortar y de pinchar, para embotar o abolir la sensibilidad del paciente. Vinculado a lo antedicho, Pitágoras llamó anthropomorphon a la mandrágora que significa figura humana, por su raíz y por la mayor parte de ella, pues consta de dos piernas semejantes a las del hombre. Los campesinos de aquellos tiempos le tenían horror porque creían que poseía, además de forma, ciertas características humanas.*

*También se ha dicho que la violencia de su perfume aturde a los que no están habituados a olerla, y que para dormirse a algunos les basta con el olor que exhala; y a una dosis demasiado fuerte ocasiona la muerte. En medicina popular o casera es planta que no debe utilizarse por lo peligroso de su uso.*

*En los textos de magia se habla de ella con verdadero culto. Supuestamente, el destino del poseedor de una mandrágora se vería dichosamente influido por ella, pero su extracción se consideraba altamente peligrosa. Josehus Flavus, del siglo I de nuestra Era, decía en una obra que arrancar la mandrágora es empresa ardua, porque se adueña de quienes se acercan a ella; añadía que aún tomando precauciones es bien cierto que puede bastar tocarla para morir. Aconsejaba: "hay que desenterrar la raíz todo en derredor hasta que sólo una pequeña parte de la misma permanezca invisible". Según cuenta Arias Carbajal se creía que nacía debajo de los árboles en donde ahorcaban a los condenados, quienes al expirar eyaculaban, el semen caía a tierra y de allí nacía la planta. Cuando la arrancaban del suelo, el hombrecillo encerrado en ella despedía ayes lastimeros y agudos gemidos. "Era menester cogerla bajo una horca, observando ritos particulares, y solamente en determinadas condiciones disfrutaba de todas sus propiedades."*

## 1. ESE AROMA QUE ME EMBRIAGA

De todas formas el ambiente de los hospitales es un mundo aparte, especial, distinto.

No es fácil para quien no trabaja en salud entender todas las circunstancias que giran locamente en la dinámica de una clínica. Desde el lenguaje tan técnico, pasando por la actitud del personal y aún su forma de vestir, hasta llegar a los olores tan particulares, o a los sonidos. Se pasa en un minuto del aroma agradable de una visita recién perfumada o de un bebé acicalado amorosamente por su mamá, al hedor putrefacto de la úlcera gangrenosa de un diabético, o a las pestilencias de la mezcla de las peritonitis con la materia fecal y los vómitos que desnudan lo más despreciable de la esencia humana.

Si uno torna la cara para un lado, observa el rito sublime y tierno con que una familia acoge a un recién nacido y al otro lado, los gritos desgarradores de una madre que perdió a su hijo en un hecho de violencia o por una enfermedad inesperada. Casi nada es rutina, todo es impredecible, uno no sabe que puede ocurrir en los próximos minutos; cuándo vendrá el accidente masivo, la explosión con varias víctimas, el atentado, la masacre, el muerto de repente que deja la familia entre atónita y compungida.

El ambiente nunca es plano, las situaciones no son predecibles. Todo borracho es distinto al otro, todo herido tiene su propia marca, todo epiléptico o infartado tiene algo que lo diferencia de su vecino, cada materna es una caja de sorpresas, una nunca sabe si un hecho aparentemente rutinario terminará en una tragedia. Nadie sabe cual paciente hará una

reacción alérgica severa a una droga, cuál se va a infectar, cuál no tolerara la anestesia, cuál va a demandar, a insultar o a intimidar.

Y como la enfermedad y la muerte igualan a los seres humanos, en una camilla presa de un cólico intestinal o renal, se ven muy parecidos tanto un ejecutivo como un pobre vergonzante; ante un trabajo de parto activo, pesadas y lentas como elefantas, todas las maternas se ven similares, sean de la posición social que sean; todas ceden y gritan derrotadas ante ese dolor que sin tregua les parte en dos el abdomen y la espalda durante las contracciones uterinas que cada tres minutos hace su aporte en el proceso de dar a luz.

Mientras tanto, al personal que en el día a día hace de éste su oficio de vida, ya todo le parece normal y cotidiano. Muy pocas cosas que impresionan a las personas de afuera, logran conmovir la coraza de frialdad de los que trabajamos en los hospitales.

A fuerza de soportarlos, los insultos de los acompañantes en la sala de espera ya resbalan, las amenazas ya no sacuden el espíritu y de tanto oírlos ya no le roban la paz al sueño, ya casi ninguna anécdota impresiona; todo es posible, todo cabe en la imaginación y en la capacidad de tramar y conspirar del animal humano.

A mí ya casi nada me asombra. Me ha tocado ver retirar del recto de hombres muy machos botellas de cerveza o aguacates enteros. Recuerdo cuando una noche llegó un señor bien vestido y de apariencia digna diciendo que tenía en el ano un aguacate, pues de estar jugando con uno de estos verde, duro y rígido, luego de la dilatación de su esfínter, se le

introdujo intestino arriba. El paciente trató de expulsarlo, se puso enemas, tomó catárticos y cuando llegó a urgencias ya llevaba varios días con él adentro. Temblaba de dolor, pero más de temor y de vergüenza. No fue posible la extracción con la mano, ni siquiera con anestesia; ya estaba muy inflamado y adolorido y hubo que llevarlo al quirófano y sacárselo a través de una incisión en el abdomen, abriendo el colon y terminando el pobre con una colostomía, que es un abocamiento del intestino por la piel para hacer por allí sus defecaciones. Esto causó mucho impacto y todos lo conocimos como “la cesárea del aguacate”.

Hablando de colostomías, recuerdo la historia de una muchacha que trabajaba en un bar, la cual nos llegó herida con varios balazos en el abdomen; uno de ellos le perforó el intestino, le tuvieron que hacer una colostomía temporal, ya que el plan era cerrársela en 8 semanas, para lo cual fue programada en cirugía. El día del cierre, la chica nunca apareció y me correspondió a mí llamarla para indagar por su paradero; cuando hablé con ella, no tuvo impedimento en confesar a viva voz:

– Vea enfermera, a mí me da mucha pena, pero desde que me hicieron la colostomía estoy ganando mucha plata, pues antes tenía tres huecos y ahora tengo cuatro y a los hombres les encanta meterlo por ahí y me pagan lo que yo les pida. -Total, así se quedó y nunca la volvimos a ver por el hospital.

También recuerdo a Juan “Pernicia”, un rufián del barrio que terminó en prisión condenado por un homicidio, también con colostomía por heridas de arma de fuego; lo traían los

guardias con cierta frecuencia al hospital para hacerle tratar por el especialista de una infección purulenta en la boca de la colostomía. Luego de múltiples tratamientos, a un médico se le ocurrió cultivarle la secreción de pus que por allí salía y detectó que era producida por un gonococo, es decir, tenía una infección venérea llamada gonorrea o blenorragia en su orificio cutáneo artificial.

-No vayan a pensar nada malo de mí, ¡Yo soy todo un varón!- decía con convicción- lo que pasa es que en la cárcel hay mucho ocioso y mucho degenerado y me propusieron billete por dejármelo meter por ahí, pero que conste que yo no siento nada, ni miro, ni se me para; además, me hacen fila y uno se tiene que rebuscar la platica; además, a mí lo que me gusta son las hembras, porque eso sí, que le quede claro enfermerita, que ¡Yo soy todo un varón!- Vociferaba entornando las cejas como para que no quedaran dudas.-El hecho de que a veces me toque cogerle a un fulano las pelotas mientras me lo hunde, no quiere decir nada, pues me tiene que encimar billete, y como yo no siento nada, no hay problema-Remataba sin ningún rubor.

Y una que tiene hasta ahora todas las funciones corporales intactas, no deja de agradecerle a mi Dios cuando se enfrenta con las múltiples incapacidades, secuelas y amputaciones que dejan las enfermedades, la violencia y el cáncer. Recuerdo la alegría de don Hernando, un paciente al cual le practicaron una resección de laringe por un tumor muy agresivo y quedó de por vida sin poder hablar en forma natural. Luego de una terapia de foniatría en la que le enseñaron a medio hablar mediante la devolución del aire estomacal en forma de eructo, estuvo practicando un tiempo, casi sin éxito, hasta que logró articular algunas palabras.

El día en que me lo encontré, me dijo jubiloso y juguetón, con un brillo de alegría en sus ojitos:

- Vea monita, estoy muy contento, ya casi hablo del todo, ¡Llevaba dos años sin poder decir ¡hijuepuuutaaaa!!!-Mientras a fuerza de sus estentóreos fonemas, el huracán de su voz me despeinaba el copete y me hacia reír a carcajadas.

O cuando los pacientes con trastornos digestivos le dicen a una que lo que más añoran es poderse tirar un vientecito o pegarse una buena defecada leyendo periódico, mientras que un lagrimón se vierte díscolo e irreverente por los pómulos.

O don Gilberto el de la tienda, enfrentando la tragedia ante la broma pesada de unos amigotes que le hicieron tomar una copa de soda cáustica que le quemó completamente el esófago dejándolo incapacitado para tragar y obligado a alimentarse por un huequito en el estómago que se llama gastrostomía, a través del cual se introducen los alimentos licuados; cada que se quería emborrachar, se aplicaba los tragos de aguardiente por la sondita, pero antes hacía un buche con el licor en su boca porque extrañaba el sabor de su buen amigo el guaro.

O cuando las personas que habiendo sido sometidas a amputaciones de sus miembros inferiores por causa de un accidente, o por gangrena, aún sentían el dolor, los movimientos de los dedos o incluso se paraban abruptamente de las camillas como si todavía estuvieran

completos. Esto es por lo que se llama “el miembro fantasma”, un fenómeno inquietante que produce desconcierto e incluso depresión en los pobres pacientes que lo sufren.

O ver los contrastes de la miseria de algunos médicos que se ganan cualquier cantidad de plata con sus cirugías, pero no tienen ni para tomarse un refresco, incluso son mendigando comida porque no se les ocurre comprar. Aquí recuerdo mucho a un cirujano esteticista muy exitoso que operaba a diario a las esposas de los mafiosos y de los políticos, al cual por casualidad todos los días se le olvidaba comprar almuerzo o traer el endulzante dietético, o la seda dental, o el dentífrico, o el cable para conectar el celular y siempre estaba pidiéndole cosas a las enfermeras. Era muy notorio, pues era orgulloso como un pavo, muy elegante y exigente y ganaba muchísimo dinero. Ya cansadas de tanta lambrañadera por parte de galeno tan avaro, decidimos ante su insistencia a la hora del almuerzo, organizarle toda una amalgama de sobrados, incluso recogidos de la basura o de la poceta; lo tuvimos todo un mes comiendo reciclados y sobras en un plato azul de plástico e incluso “Memo Piltrafa”, uno de los auxiliares más irreverentes, un día le ajustó el resto de la gaseosa con orines. Nos turnábamos para ver a tan encopetado personaje comiendo las viandas dignas de un gamín o de un indigente, mientras que hacía honor al remoquete que aún lo persigue y lo define, “El Doctor Agonía”.

O cuando cogieron de tema o “de teta” al ya nombrado “Memo piltrafa”, un deslenguado fauno auxiliar de enfermería de los más bajos modales, con la respuesta insolente y oportuna siempre a flor de labios. Se les ocurrió a sus malquerientes la idea de comérsele la merienda mientras él estaba en cirugía. Así durante varias noches fue despojado de las



confituras que amorosamente le empacaba su madre, pues hay que recordar que era un solterón avaro y mantenido que no aportaba un peso para la casa, y sus padres lo sostenían del todo para que Memo pudiera ahorrar. Cansado de esto, decidió inyectarle unos centímetros de Sinogan, un poderoso tranquilizante, a la manzana y al pastel del pollo que en esa noche le empacaron. Por supuesto, éstas desaparecieron y a las 2 horas vimos dormidos, desmadejados, desencajados, a la doctora “María Monster” y al cirujano coordinador, que supuestamente eran los únicos que estaban fuera de toda sospecha en el servicio, por aquello de edad, dignidad y gobierno, o simplemente por la lambonería y el arrodillamiento típico de los subalternos. Esta fue la comidilla burlona durante un buen tiempo, más aún cuando dicha doctora, fea y amargada, de piel verdosa y genio endemoniado, compulsiva, insegura y solitaria, un día apareció sin darse cuenta con la lengua completamente negra, luego de que alguien sustrajo de mi bata de enfermera unos confites de broma que había comprado para llevarle a mis hijos.

Y el manejo de la tensión en el transcurrir del trabajo normal es un verdadero problema. Creo que ningún otro oficio en la sociedad tiene el grado de especialidad, de características tan llamativas y específicas, que el nuestro. Y lo pienso, no por lo bueno o por lo malo, sino que trato de hacer una simple descripción, sin tratar de calificar, sólo de expresar.

Los turnos son aberrantes, no hay horarios predecibles, las jornadas de oficina no existen, es lo mismo un lunes que un domingo, el día, la noche, los festivos; las fechas importantes no tienen ninguna significancia a la hora de elaborar un cuadro de turnos, sin que por ello la remuneración sea mejor. Tal vez será por eso que veo tanta gente separada o con conflictos

personales o familiares entre nuestros compañeros. Los hijos se quedan muy solos durante su crianza, porque nosotros estamos muy ocupados gastándonos la salud y la juventud en un trabajo que no siempre nos devuelve lo que le entregamos en la misma proporción.

Cuando el gobierno quiere, hace un recorte de personal; cuando el gerente lo dispone, decreta una carnicería laboral, nos suprime los cargos, nos baja el sueldo a la mitad, nos recontracta a través de una cooperativa manejada por su familia y nosotros en el medio de nuestras vidas sin saber hacer otra cosa, dejando la fe y la dignidad arrastradas por el suelo a cambio de algo más fuerte que un sueldo miserable: Una vocación a toda prueba que en sí misma entraña una personalidad algo patológica, acaso una aberrante tendencia al masoquismo.

Porque si no es así, quien explica la razón para querer aguantarnos las presiones permanentes de los borrachos en urgencias que noche a noche nos degradan, o la intimidación del sicario y sus acompañantes que por el más mínimo motivo entran ofreciendo plomo e infamándonos con toda suerte de agresiones y ofensas, o de los políticos que creen que el hospital es una extensión gratuita y servil de su directorio para seguir comprando conciencias y fabricando votos que les perpetúen en el poder, o de los policías que simplemente llegan y depositan en la puerta un cadáver víctima de confusas circunstancias luego de sus rondas de vigilancia y preservación del orden.

O tener que obligarnos a afrontar la payasada de remitir intubado y con una falsa respiración artificial al gañán que llega con más de 20 balazos, muerto más que

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

